

CORPORATION



BARKER, Reginald

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

METRO-GOLDWYN-MAYER

25

14

:: y FIRST NATIONAL ::

Cénts.

Ediciones BISTAGNE - Vía Layetana, 12. - Barcelona

El bosque en llamas

THE FLAMING FOREST (1926)

Interesante producción interpretada por
los célebres artistas ANTONIO MO-
RENO, RENÉE ADORÉE, TOM
O'BRIEN, etc.

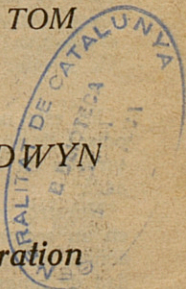
Producción METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona





El bosque en llamas

Argumento de la película

Es este un capítulo de la historia, referente a la odisea de aquellos valientes trabajadores que se aventuraron en las vastas llanuras del Noroeste del Canadá.

Nuestro relato se desarrolla en un país sin leyes, en un sector de cien leguas cuadradas de territorio, donde no había ni policía, ni Juzgados, ni autoridad de ninguna clase.

El mestizo Julio Lagarre acariciaba sueños de imperialismo, deseando imponer su dominación de amo sobre aquella tierra canadiense. Y alimentaba las esperanzas de independencia de indios y mestizos, rebeldes a la dominación británica.

Cierto día, el jinete correo que enviaba a la capital del Canadá la correspondencia de los nuevos pobladores del país, fué atacado a tiros por dos secuaces de Lagarre quienes le robaron la valija.

Un perro, fiel compañero del correo, al ver a éste moribundo, se apoderó de su sombrero y emprendió rápida marcha hacia el poblado.

Los dos bandidos corrieron a la casa que habitaba Lagarre entregándole los documentos robados.

Lagarre leyó uno de los pliegos:

Excelentísimo señor: Juan A. Mc. Donald. Primer Ministro. Dominio del Canadá. Ottawa.

Le escribo en nombre de los súbditos residentes en el Noroeste. Han sido asesinados muchos blancos, habiendo sido robadas sus casas e incendiadas sus haciendas.

Un mestizo apellidado Lagarre es el alma de tales atrocidades. Como él se apropió el mando, nombrándose gobernador del Noroeste, rogamos a su señoría que haga cuanto pueda para establecer el imperio de la ley, imponiendo el orden.

Respetuosamente,

Andrés Andemar

—¡Ah, diablo! — dijo—. ¡Y este Andemar tiene influencia entre los colonos! ¡Le visitaré! Y le castigaré si conviene; no tolero rebeldías contra mi poder.

Se dirigieron hacia el bazar que poseía Andrés Andemar, en el poblado, un importante almacén donde se vendía de todo.

—Vosotros esperadme ahí fuera. Si él no entra por las vías de la persuasión... hay otros medios — dijo a los otros dos bandidos.

Avanzó solo hacia el mostrador con su sonrisa fría, cruel.

—Tenga usted muy buenas tardes, señor Andemar... y lo mismo su hija, la bella Ana María...

Andemar apenas respondió al saludo de aquel hombre peligroso, terror de la comarca. Y Ana María envolvió con un signo de reproche a aquel perturbador.

Ana María era una mujercita encantadora. Joven, morena, de ojos grandes y serenamente hermosos, de boca que se abría en un pliegue de bondad.

Lagarre adquirió varios puñales, y luego dijo, mirando arteramente al comerciante:

—Me haría muy feliz, señor Andemar, el saber que usted es amigo mío y de mi causa...

—¿Su causa? — dijo el negociante, con ira—. La de un forastero rebelde... ¡Oh! ¡Nunca secundaré los planes de un mestizo loco como usted..!

El rebelde se encogió de hombros. Después de pagar lo comprado, dijo:

—Señor Andemar, escoja usted el camino que le parezca. Yo sólo le advertí lo que mejor podía convenirle...

Y se alejó canturreando una canción mientras daba una última mirada a Ana María...

Luego se dirigió a conversar con los dos mestizos que le aguardaban...

En el interior, Andemar decía a su hija:

—Hay que guardarse de ese miserable. Lo creo capaz de todo...

Era la hora de la cena... Había atardecido ya.. Andemar su esposa, y sus hijos, Ana María y Roberto, se disponían a sentarse a la mesa.

Roberto era un buen muchacho cuyo cumpleaños se celebraba aquel día. Había cumplido veinte

Ana María le entregó la clásica torta con las velas encendidas, obsequio de ella al hermano querido.

La cena transcurría alegremente sin que nadie se acordase de las amenazas del mestizo.

De pronto, entró un perro con el sombrero agujereando entre los afilados dientes. El animal daba muestras de gran excitación.

—¡Santo Dios! — dijo Andemar, horrorizado—. ¡El correo que lleva nuestras cartas! ¿Qué le habrá ocurrido? ¡Hay que encontrarlo!

Precipitadamente armóse con un rifle y salió del almacén. En la puerta le despidieron su mujer y sus hijos.

La obscuridad era grande y apenas hubo puesto pie en la calle Andrés Andemar, cuando sonaron unos disparos y el viejo vino a caer pesadamente al suelo, con el corazón destrozado...

—¡Oh, Andrés, Andrés! — gimió su esposa.

Y al salir a prestarle auxilio, sonaron nuevos tiros y la madre cayó desplomada junto a su marido...

Cometido el horroroso delito, los foragidos huyeron, contentos de su golpe doble... Los asesinos eran los dos mestizos autores también de la muerte del correo.

Y mientras éstos desaparecían en las sombras, Ana María y su hermano recogían con honda desesperación los cuerpos aun calientes de los viejecitos...

Pasaron unos días. El país seguía viviendo sin amparo ni protección de la justicia... ..

El primer mensaje enviado por Andemar no pudo llegar a su destino, pero otros lograron mejor suerte. Y fruto de ello fué que el gobierno del Canadá decidió organizar un cuerpo de policía montada y enviarlo a aquellas tierras sin protección.

El día 6 de junio de 1874, llegaron a Toronto reclutas procedentes de todo el dominio para ingresar como voluntarios en la policía.

El tren esperaba ya a los nuevos reclutas que eran despedidos por sus familiares.

Llegó en coche un elegante caballero, vestido con traje de cuadros. Era alto y delgadísimo, y usaba monóculo.

El elegante dijo al cochero:

—Guardad mi equipaje. Yo llamaré a un portero para que lo recoja...

Y dirigió su orgullosa mirada hacia los soldados que se despedían de sus familias.

Una viejecita daba el postrer adiós a un nuevo soldado...

—¡Marco, hijo mío...! ¡Adiós...!

El muchacho alzó en brazos a su madrecita y depositó en su rostro un largo beso.

—Vas a sentirte pronto orgullosa de mí, madrecita, porque has de saber que muy en breve vestiré uno de esos uniformes colorados.

Y señaló un grupo de veteranos que llevaban ya el traje rojo de reglamento.

El elegante caballero llamó a un soldado y en tono despectivo le dijo:

—¡Portero, oid, portero... haceos cargo de mi equipaje...!

El soldado le miró de pies a cabeza y le dijo:

—Y ¿quién diablos es usted?

—¡Un personaje! ¡Quiero hablar con el jefe de la expedición!

—Venga usted conmigo.

Llegaron a la presencia del comandante y el del monóculo le entregó respetuosamente una carta:

El comandante leyó estas líneas:

Comandante Carlos Mc. Vane, Inspector de la Policía Montada del Noroeste. — Toronto.

Estimado señor: Por la presente le recomiendo al honorable joven que se llama General Wimbledon, hijo menor de Lord Wesere. Usted hará un señalado favor a la familia de este joven, desdichadamente muy corto de alcances, reteniéndole en el Canadá.

Y como en el Canadá se necesitarán hombres valerosos, haga usted de él lo que juzgue más conveniente

Juan Mc. Donald

primer Ministro

El comandante comprendió en el acto que se trataba de un muchacho medio tonto, afanoso de aventuras y peligrosos lances. Y se resignó ante el ruego del primer ministro a aceptarlo entre sus hombres.

—¡Bien, bien! — le dijo—. Quedáis aceptado para formar parte de nuestra policía...

Wimbledon se emocionó de contento.

—Palabra de honor que esto será un gran deporte — dijo—. Acepto encantado la expedición... deseo sacudirme el aburrimiento de mi vida de familia. ¡Quiero ser soldado!

Vane llamó al sargento Carrigan, un valeroso muchacho, simpático a todos por su espíritu de bondad y de justicia. Habló breves palabras con él y le puso en antecedentes de los alcances intelectuales del nuevo soldado.

Luego, le dijo, señalando al recluta:

—Sargento, este es el General Wimbledon...

Los dos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza mientras Carrigan tenía que contenerse la risa que le causaba la presencia de aquel original tipo.

—Ahora, General, haga lo que el sargento le indique.

—¡Pues, al tren, General! — ordenó Carrigan.
Y le empujó rudamente hacia los vagones. Wimbledon pareció protestar:

—Oid, mi buen amigo — dijo—; espero que sabréis distinguir, ¿no?

—Pierda cuidado... Ande... al tren...



...pasó ante la viejecita...

Iban ya subiendo los otros soldados.

El sargento con el General pasó ante la viejecita que se despedía por última vez de su hijo. Este se desprendió de los brazos de su madre, siguiendo luego a su superior.

Al montar en el estribo, Wimbledon se dió cuenta

de que no llevaba el equipaje que había olvidado en el coche.

—¡Mi equipaje! — dijo, desesperado—. ¡Hagan el obsequio de ir a buscármelo!

—¡Déjelo usted! — dijo el sargento—; donde vamos no se necesita ropa elegante...

Y como intentase protestar, Marco, riendo, lo levantó en hombros y lo entró en uno de los vagones entre las alegres risas de los compañeros...

El tren salía ya de la estación; uno de los soldados, el cocinero López, se había quedado en tierra y tuvo que imprimir toda la velocidad a sus piernas para lograr alcanzarlo...

Y ya todos en el convoy, éste emprendió veloz marcha hacia los campos lejanos...

Unas horas después llegó el tren a su estación de término... Los reclutas se dirigieron a un cuartel donde cambiaron sus ropas de paisano por los brillantes uniformes militares.

Y al día siguiente se dispusieron trescientos hombres fuertes, bien equipados, a emprender su marcha de 340 leguas hacia el Oeste.

Detrás de aquellos jinetes que iban mandados por el comandante Vane y el sargento Carrigan, seguían los carros de transporte conduciendo los viveres y los útiles necesarios para largas campañas.

Y así iban internándose en el lejano Oeste, y el célebre General Wimbledon, el gentleman idiota, metido en un carro, vestido ya de uniforme y con guantes, esperaba el comienzo de las aventuras guerreras.

Entretanto, allá en los dominios del Oeste, Lagarre, que tenía atemorizados a todos los colonos, hizo fijar un bando por las esquinas:

Todo ciudadano debe firmar el pacto de adhesión a la República independiente del Noroeste. Aquéllos

que dentro del término de una semana no hayan firmado, serán obligados a desocupar sus casas

Julio Lagarre

Presidente Provisional de la República del Noroeste

Los vecinos comentaban aquellas órdenes severísimas. Uno de ellos decía, rojo de indignación:

—¡No firmaremos ni nos marcharemos. Sabremos defender nuestros hogares!

Ana María, que conocía demasiado el dolor, intervino:

—¡Eso significa la muerte para cada uno de nosotros! — dijo—. ¡Y para vuestras esposas e hijas.. algo peor!

Ana María, estremecida aún por los horrores del asesinato de sus padres, aconsejaba la paz, temiendo que se tomaran represalias con su hermano y los vecinos.

Dos de los secuaces de Lagarre escucharon aquellas palabras, y fueron a comunicarlas a su jefe.

—¡Ellos no resistirán! — dijeron—. La bella Ana María se lo impedirá..!

Lagarre sonrió malévolamente al recordar el lindo rostro de aquella mujer...

—¡De todos modos — dijo — quitadles las armas esta misma noche!

Poco después otros hombres de la misma banda apresaron a unos cazadores llevándolos ante Lagarre.

Les despojaron de las pieles que habían cazado, a pesar de sus protestas enérgicas.

—¡La mitad de estas pieles nos pertenecen como impuesto de guerra que debéis pagar a nuestra República!

—¡Esto es un abuso, Lagarre; nos quejaremos al gobierno de Ottawa! — dijo uno de ellos.

—¡Nuestro gobierno está aquí, no en Ottawa! — respondió Lagarre con inmenso desprecio.

Los cazadores tuvieron que resignarse al robo y marcharon hacia sus hogares soñando en la próxima llegada de la policía montada que de nuevo restablecería en aquella tierra anárquica el imperio escarnecido de la ley.

Lagarre paseó luego por las márgenes del río y al ver a Ana María fué a su encuentro.

—¡Ya sé que la bella Ana María dió buenos consejos a los colonos...! — dijo.

Ella le contempló rencorosa, los ojos inflamados por la ira.

—Si les dí buenos consejos fué para evitar hechos horribles como los que quitaron la existencia a mis padres.

Lloró al recordar a los viejos sacrificados.

—Yo nada sé del fin de Andemar — dijo el mestizo.

Y se alejó prestamente de la joven como si se sintiera atormentado por aquel crimen que él había ordenado...

En vano Roberto y Ana María realizaron investigaciones para encontrar a los asesinos. Los criminales habían desaparecido en la obscuridad de la noche; se creía con fundamento que pertenecían a la banda de Lagarre, pero como este era allí el único señor, su delito quedaba impune.

Entretanto, el pequeño ejército seguía adelante, abriendo el camino de la ley... Pero los días de caminar bajo el sol por las desiertas llanuras habían deslucido sus uniformes, abollado sus cascos...

Tuvieron que atravesar un río y los soldados realizaron enormes esfuerzos para impedir que se atascasen los carros.

Para hacer más llevadera su labor, cantaban canciones de la tierra.

El apuesto Wimbledon, que había creído que la

guerra era una cosa bella, comenzaba a indignarse ante los inconvenientes de aquellas largas jornadas.

—Cante usted también, sopenco — le dijo López, el cocinero de la compañía— Parece usted mudo.

—No tiene usted derecho a permitirse ciertas libertades conmigo — dijo Wimbledon—, porque no fué presentado todavía en la alta sociedad.

—¡Oh, muy bien! — respondió López, que era un chusco de marca mayor—; cuando regresemos a Inglaterra la pediré a la reina que nos presente...

Uno de los carros se había atascado, y los soldados empujaban para quitarle de allí.

Viendo que Wimbledon, con su monóculo, contemplaba el trabajo de los demás soldados, el sargento Carrigan le dijo:

—¡Salga y empuje, General!

Y el fino aristócrata tuvo que trabajar como cualquier hijo de vecino, hasta conseguir que el carro quedara libre.

—¡Escoria! — gritó a sus compañeros con un gesto de orgullo.

Y siguieron todos sus caminos, cantando alegres canciones para distraer las penosas horas...



Mientras tanto, allá en la pequeña e incipiente población, las familias blancas se habían negado a firmar el mensaje de adhesión a la república de Lagarre, y ante su actitud se había dado orden de expulsión contra ellas.

Las huestes del mestizo habían ocupado todas las casas apoderándose también del almacén de los Andemar.

Roberto protestaba contra aquel despojo inicuo.

—¡Miserables... miserables..!

Le contemplaban burlonamente los mestizos entre los cuales se hallaban aquellos dos hombres que una noche habían asesinado a los padres de él...

—¡Haced fuego, sin esperar órdenes, al menor conato de resistencia! — ordenó Lagarre.

Y amenazados por los fusiles fueron los desterrados subiendo a los carros que les transportarían a otras tierras.

Ana María, pálida y belia, subió a un carruaje, acompañada de Roberto. Uno de los mestizos, de orden de Lagarre, se acercó a la muchacha y la obligó a descender de nuevo, llevándola a presencia del jefe de la revolución.

—La haremos los honores a la bella María — dijo Lagarre—. Ella se quedará con nosotros.

—¡Déjeme estar... quiero irme con los míos! — decía ella.

—¡No tema, encantadora Ana María... usted se quedará con nosotros..!

Roberto, exaltado por aquella actitud, bajó para reunirse con su hermana, pero se echaron sobre él y le obligaron a permanecer de nuevo en el carro. Otro vecino descendió también para correr en auxilio de la muchacha, pero sonaron unos tiros y el noble defensor cayó a tierra para no levantarse más.

Aquella víctima llevó al corazón de todos los colonos la idea de la resistencia. En poder de aquellos miserables quedaba una muchacha: Ana María. Y parecían dispuestos a rescatarla y luchar hasta la muerte.

Lagarre, frío y sonriente, decía a Ana María que temblaba junto a él:

—¿No querrá la linda María aconsejarles de nuevo? De lo contrario habrá más derramamiento de sangre.

Comprendió Ana María la verdad de todas aquellas palabras, vió el cuerpo del vecino caído, temió por su hermano y por los otros, y no queriendo que por culpa de ella hubiese víctimas, se acercó a los carros y dijo:

—¡Idos, amigos míos, por favor! ¡Ellos no tendrán clemencia; os matarán como a perros!

—¡Tenemos que defenderte!

—¿No véis que no es posible la resitencia? Os quitaron las armas, y sin ellas, ¿cómo podréis pelear? Yo no soy sino una; vuestras esposas e hijos son muchos. ¡Idos, por favor!

Aquellas súplicas parecieron convencer a los vecinos, que se fueron alejando lentamente, con el propósito de volver a la primera ocasión.

Roberto, ligeramente herido, gritaba desde el carro, queriendo lanzarse a rescatar a su hermana; pero Ana María con sus palabras se lo impedía.

Y los carros fueron perdiéndose en la lejanía, mientras la bella Ana María pensaba en lo que iba a ser de su vida junto a aquellas gentes, sin otra ley que su capricho, al lado de aquel Lagarre que la miraba con los ojos ardientes de la pasión.

Ella entró en el almacén acompañada de Lagarre.

—Si quieres, Ana María, podrás reinar conmigo y serás la reina del país del Oeste — le dijo el jefe.

—No le puedo escuchar, Lagarre. ¡Déjeme!

—Espero que con los días cambiará usted de opinión...

Y la miraba con ojos malignos mientras ella, severa y triste, tras el mostrador, arreglando las cosas de su comercio. ¿Qué sería de ella? Y pensaba en Roberto, pensaba en sus padres muertos, en la anterior vida de libertad...

Entretanto los carros que conducían a la lenta caravana hacia su destierro, proseguían su penosa peregrinación.

De pronto vieron levantarse una nube en la lejanía, una polvareda que avanzaba lentamente. Eran carros de guerra, jinetes que trotaban hacia ellos...

Un grito unánime de júbilo se escapó de todas las gargantas:

—¡Jinetes! ¡Soldados! ¡Soldados!

Y con el entusiasmo de la próxima liberación ante la presencia de aquellos hombres que representaban la ley y la justicia, les aclamaron con entusiasmo.

El comandante Vane y el sargento Carrigan se adelantaron hacia ellos.

—Hemos sido arrojados de nuestros hogares por el mestizo Julio Lagarre — explicaron los desterrados.

—Pues hay que volver al poblado — ordenó el comandante.

Y las tropas prosiguieron su avance, mientras los vecinos expulsados volvían a emprender el camino hacia su tierra.

Lagarre estaba relacionado con numerosas tribus de pieles rojas. Un indio, desde lo alto de una cima, vió el empuje arrollador de los soldados y montando a caballo corrió al poblado a comunicar la noticia a Lagarre, que hablaba con Ana María.

—¡Chaquetas rojas! — advirtió al jefe—. ¡Cientos de ellos! ¡Vienen aquí, corriendo!

La indignación se apoderó de Lagarre.

—¡Todo el mundo a caballo! — dijo—. ¡Dispersaos en todas direcciones! ¡No dejéis huellas que puedan ser seguidas.

Ana María había escuchado las palabras del piel roja y un sentimiento de júbilo invadió su corazón. ¡Los soldados, los soldados de la libertad que volverían por los fueros de la ley!

Y mientras Lagarre daba las últimas y apremiantes órdenes a sus secuaces, ella saltó por una ventana y huyó a campo traviesa.

Pronto se dió cuenta Lagarre de aquella fuga.

—Ana María se ha escapado — gritó—. Seguramente se dirigió hacia los carros. ¡Adelantaos y cortadle la retirada!

Y tres mestizos se dirigieron a caballo hacia el lugar donde suponían había podido marchar Ana María.

Lagarre con otros hombres huyó hacia las montañas dispuesto a pedir el auxilio de los indios para hacer frente a la invasión militar.

Ana María había corrido velozmente en dirección hacia los carros, pero la perseguían los mestizos acortando cada vez la distancia. ¡Ah, los vió ya junto a ella, dirigir sus caballos de guerra! Dió un grito de terror. Pero entonces aparecieron las tropas que mandaba Vane, y cuando ya los mestizos se apoderaban de Ana María, el sargento Carrigan y el soldado López, adelantándose, disparaban contra ellos, matando a uno y obligando a huir a los demás.

Ana María, horrorizada, se había desvanecido, y el sargento Carrigan la recogía en brazos.

Carrigan dió agua a Ana María y ésta, lentamente, fué volviendo en sí. Sus ojos al abrirse experimentaron un sentimiento de horror. Creía estar ya bajo el poder de Lagarre y se sorprendió al ver junto a ella a un muchacho sonriente, de fino bigote, que la contemplaba con cariño...

—Soy el sargento David Carrigan de la policía Montada del Oeste y estoy a sus órdenes — dijo él.

La muchacha le contempló emocionada y dijo:

—¡Gracias!

—Nosotros representamos la autoridad y venimos a protegerles. Y me parece que yo he llegado a tiempo, ¿verdad, señorita?

—Si usted no viene, hubiera caído otra vez en manos de Lagarre...

—Ahora está usted libre y vamos a reunirnos con los carros.

Y el sargento, contemplando con dulce arrobo a aquella bella muchacha, la subió a su caballo y montando él a su vez, se dirigió hacia las tropas que llegaban ya mandadas por el comandante Vane.

Ana María se abrazó a su hermano en uno de los



Era aquello el retorno a la paz... a la vida...

carros y todos los vecinos lanzaron gritos de júbilo al ver entre ellos a la linda mujer.

Y con la alegría infinita de retornar a la patria que ellos habían creado, continuaron todos en sus carros, tras el grueso de la policía montada.

Lagarre y sus hombres habían desaparecido. El pueblo estaba tranquilo, quedando únicamente en él

algunos mestizos que habían vivido allí siempre, pero que eran, sin que nadie lo supiera, espías de Lagarre.

Era aquello el retorno a la paz, a la vida. Y los que habían preferido el destierro a la humillación, volvían ahora a vivir en sus casas, y el bazar de Andemar se abrió de nuevo dirigido por los dos hermanos Roberto y Ana María.

Al día siguiente, todo pareció volver a la normalidad y blancos y mestizos parecían dispuestos a acatar todas las leyes.

Así pasaron otros días. Por fin, aquella expedición de la policía montada había logrado restablecer el imperio de la justicia. Algunos mestizos que se habían marchado con Lagarre, se dirigían de nuevo al pueblo, con porte pacífico y tranquilizador. Pero ocultaban malévolas intenciones.

El bazar de Andemar era el punto de reunión de muchos soldados. La belleza de Ana María atraía a aquellos hombres que en la rudeza de su vida de cuartel amaban la grata compañía de la mujer.

Marco, López y otros soldados hablaban con Ana María junto al mostrador.

El aristócrata General Wimbledon se aburría soberanamente en el pueblo, arrepintiéndose de su aventura. Y a pesar de su orgullo de personaje, no desdeñaba la ocasión de alternar con sus compañeros, habiéndose humanizado en su trato. Hablaba también a menudo, con las gentes del pueblo.

—¡Cómprenos unas ciruelas en dulce, General! — le dijeron un día unos niños.

Y el General, cogiendo en brazos a uno de los niños y llevando a otros dos de la mano, entró en la tienda de Ana María.

—Señorita... ¿qué hay de bueno para los chicos? Ana María le dió algunos confites y bombones, y luego departió amablemente con Wimbledon y los otros soldados.

Carrigan había conferenciado entretanto con el comandante Vane y uno de los colonos de la población.

—Lagarre ha recorrido todo el Norte, incitando a los indios para asaltar el poblado — decía el colono.

—Pues tengo que seguir el mismo camino que ha seguido Lagarre y encontrarlo — respondió el comandante.

Marcharía al día siguiente con sus tropas.

Carrigan se despidió de su jefe dirigiéndose hacia el bazar de Ana María. ¡No podía olvidar a aquella linda jovencita!

En el almacén, unos niños cantaban alegres canciones ante los soldados y Ana María...

El sargento Carrigan llegó a la tienda y vió el grupo de soldados. Dió una voz de mando, enérgica y dura:

—¡A formar!

Los soldados, ligeramente atemorizados, se pusieron en fila, mientras Ana María sonreía al buen sargento.

—¡Vista a la derecha! — siguió diciendo.

Las cabezas unánimes miraron al lugar indicado. General llevaba un niño en brazos.

—¡De frente, marchen! — siguió diciendo el sargento.

Y con buen paso militar abandonaron todos, rígidos e impassibles, el almacén.

Carrigan se echó a reír al ver que se había quedado a solas con Ana María.

—¿Qué tal esta táctica militar? — preguntó sonriente.

—Son buenos muchachos, sargento, todos ellos.

—Eso sí, son valientes... pero no me gusta que hablen con usted. ¡No tienen aún suficiente categoría!

Y rió contemplando sus galones de sargento que

le permitían, a su juicio, hablar y piropear a la muchacha.

—Esta tarde vendré a buscarla; iremos a dar un paseo por el río, ¿quiere? — le dijo con dulce emoción.

—Sí, Carrigan — respondió ella, llena de valor.

Estuvieron hablando largo rato y al marcharse, él depositó, francote y sencillo, un beso en la mejilla de Ana María...

Ella le vio partir con el corazón palpitante y los ojos radiantes de emoción. ¿Qué sintió en su alma ante la caricia del mozo?

En las vecinas montañas Lagarre y sus hombres habían reunido su cuartel general.

Los espías que tenían en el poblado les daban interesantes noticias. Uno de ellos les comunicó que el comandante Vane se iba hacia el Norte en persecución de Lagarre con la mayoría de sus tropas.

—¡Bien — dijo Lagarre—, los chaqueta rojas van hacia el Norte, y entonces nosotros atacaremos la población! Y nos apoderaremos de todos ellos. Vosotros — dijo a unos mestizos—, volved al poblado a comunicarme el momento de la salida de las tropas.

Dos mestizos, los dos hombres más terribles de su ejército, aquellos que habían dado muerte al correo y a los padres de Ana María, se dirigieron hacia el poblado, prosiguiendo su falsedad de gente de paz.

Aquella tarde, al pasar cerca del río, vieron a Ana María en una barca hablando con el sargento Carrigan y sonrieron melévolos.

Prosiguieron su marcha hacia el pueblo. Al pasar ante el bazar tuvieron la idea de comprar algo y entraron en él. Roberto estaba tras el mostrador.

Contempló enfurecido a aquellos dos hombres de raza mestiza, enemigos de los suyos.

Ellos adquirieron unos objetos y dijeron de pronto a Roberto:

—Y tu hermana ¿no ha vuelto aún?

—¿Mi hermana? ¿por qué habláis de ella? — dijo Roberto, que creía que ella se encontraba en casa de unas vecinas.

—No te hagas el inocente, Roberto. Hemos visto a tu hermana besándose en la boca con su novio, el chaqueta roja...

—¡Miserables! ¿Qué estáis diciendo?

Y lanzóse sobre los dos hombres con ánimo de extrangularles...

Los mestizos rechazaron la agresión, derribando al joven. Y marcharon no sin que desde la puerta dijera uno de ellos, con risa sangrienta:

—¡Que le aproveche a tu hermana, idiota! ¡Y cúdate de no meterte en nuestros asuntos, porque sino, harás el mismo fin de los que tú ya sabes...! ¡No somos gente buena para enemigo, Roberto! Lo sabes por experiencia.

Y abandonaron el bazar, dejando al joven sumido en pensamientos sombríos, trágicos, crueles...

¡Oh, aquellas palabras! Ahora recordaba que alguna vez había visto a Lagarre yendo con aquellos dos mestizos, y que el día que asesinaron a sus padres, les vio unas horas antes hablar con el jefe revolucionario. ¡Infames, infames! ¿Serían ellos los asesinos? Pues si no lo eran, habían sido otros hombres de aquella pandilla de criminales los autores del horrible delito.

Loco de furor, cogió una pistola y salió hacia el campo, montando en su brioso caballo.

Mientras tanto, Carrigan y Ana María se habían dicho entre mieles su dulce amor.

—Ana María. ¡Yo te amo!

—¡Y yo a ti, David...!

—¡Nos casaremos inmediatamente, amada Ana María!

Sus corazones palpitaban juntos y se decían el dúo del eterno amor...

Carrigan después de su paseo por el río se despidió de Ana María, besándole los labios.

Ana María, ilusionada, regresó feliz a su hogar...



—¡Nos casaremos inmediatamente, amada Ana María!

Comenzó a revolver arcones viejos. Buscaba el traje de boda de su madre para ponérselo ella.

Roberto, furioso, paseaba por el bosque, siguiendo las huellas de los dos mestizos. ¡Quería vengarse de ellos, hacer pagar caras aquellas palabras contra su hermana y el recuerdo de sus padres!

Y de pronto, como si el destino se complaciera en

ayudarle, vió a los dos hombres que bajaban de caballo y hablaban cerca de una cabaña.

Roberto se ocultó tras unos árboles y, el pulso firme y seguro el corazón, disparó dos veces contra los mestizos. ¡Los dos hombres cayeron uno sobre otro, sin vida!

Roberto montó de nuevo a caballo y agitado, bajo una fuerte lluvia, volvió al bazar.

La muchacha vestía el traje de boda de mamá y dijo, al ver entrar a su hermano:

—¡Roberto, ¿sabes?, me voy a casar... y con el sargento...!

El la miró con espanto.

—¡Oh, Ana María, lo que acabo de hacer! He matado a dos hombres, porque te insultaron, porque se burlaron de la memoria de nuestros padres! ¡Oh, Ana María!

La muchacha le miró horrorizada, viendo que sus sueños se desvanecían. ¡Dios santo, Dios santo!

Castigarían a Roberto, tal vez le ahorcasen por su doble crimen.

—Tú no sabes lo que decían, Ana María; yo no pude contenerme... me vengué... y en ellos vengué la memoria de nuestros padres...

—¡Roberto! — dijo ella, temblorosa—. Tenemos que huir de aquí antes que te encuentren. Yo te acompañaré...

Y mientras ellos proyectaban el lugar mejor para escaparse, el soldado López acababa de descubrir los dos cadáveres, comunicando la noticia inmediatamente al comandante Vane.

—Comandante, yo ví a Roberto Andemar que corría a caballo por las cercanías de la cabaña, como un loco — explicó.

El comandante ordenó severamente al sargento Carrigan:

—Sargento, inicie una investigación inmediatamente.

te y proceda a detener a Andemar. La justicia tiene que ser igual para todos.

Carrigan, estremecido por la idea de que el hermano de su amada fuera el asesino, se dirigió hacia el bazar, comenzando sus pesquisas. Temblaba... ¿Por qué aquel muchacho habría cometido un asesinato? Le horrorizó la idea de que fuera un criminal.

Sin ser visto por nadie entró en la cuadra, junto al bazar, y examinó el caballo. Vió que la piel del animal estaba mojada y que la bestia presentaba señales inequívocas de cansancio.

El aspecto del caballo le hizo sospechar. Roberto acababa, pues, de regresar del campo. Con el alma muerta, pensando en lo penoso que es a veces el cumplimiento del deber, llamó al almacén. ¿Qué diría Ana María, su Ana María cuando le viese que detenía a su hermano?

Los dos hermanos se estremecieron al oír que llamaban a la puerta.

—¡Escóndete aquí! — le dijo Ana María.

Y obligó a Roberto a encerrarse en un cuarto contiguo.

Ella abrió la puerta franqueando la entrada a David Carrigan. Ana María le contempló con ojos de amor... pero él ya parecía otro... En su semblante no flotaba la alegría del enamorado.

—Ana María — dijo severamente, pensando que aquella criatura le había dado sus labios unas horas antes —; un sagrado deber me obliga...

Ella callaba mirándole con horror, llena de espanto.

El sargento dirigió la vista por la habitación y luego se fijó en una puerta cerrada.

—¿Quién está en este cuarto? — dijo—. Ana María... me veo obligado a detener a su hermano. Caen sospechas sobre él de que ha dado muerte a dos hombres.

—¡Mi hermano no ha hecho nada y usted es un miserable! — rugió ella.

El sargento, con el violento empuje de su espalda abrió la puerta y penetró en la cercana habitación



—¡Roberto Andemar, en nombre de la Reina lo arresto a usted!

en el momento en que Roberto iba a escapar por una ventana.

Carrigan, cumplidor de la ley, le amenazó con un revólver:

—¡Roberto Andemar — gritó—, en nombre de la Reina lo arresto a usted!

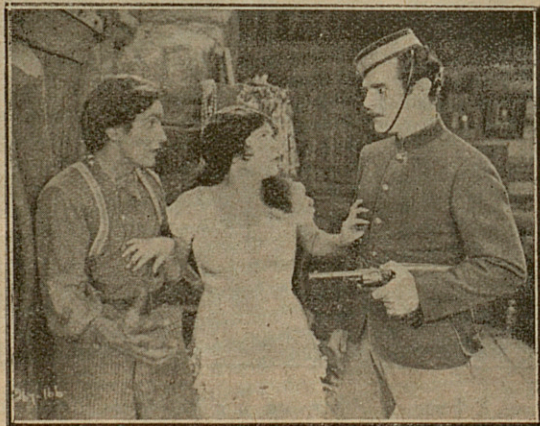
El asesino inclinó la cabeza. Pero entonces Ana María sin poder concebir que el sargento se llevara a su hermano, suplicó con voz emocionada:

—¡David, David, no se lo lleve, por piedad... por mi amor... él nada hizo!

—Ana María — murmuró el joven, afligido—. La ley decidirá... Yo no puedo hacer otra cosa...

—¡Miserable, miserable, pero por nuestro amor, no se lo lleve! ,

El sargento permanecía impasible, sosteniendo un



—¡David... David... no se lo lleve... por piedad!

terrible combate en su corazón que, por una parte le obligaba a poner en libertad a aquel mozo y por al otra le hacía esclavo de su deber militar.

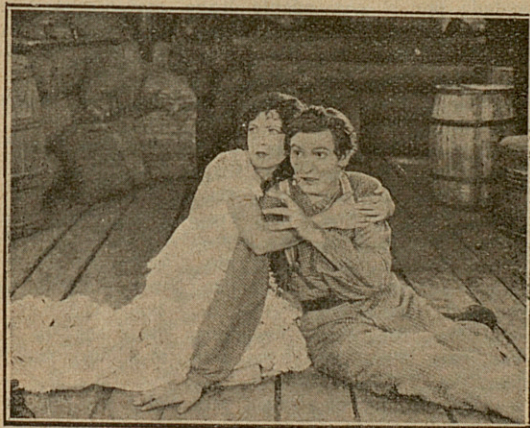
—No es posible, Ana María... Dos hombres han aparecido muertos y se sospecha de Roberto. Yo no puedo traicionar a la ley.

Roberto estaba anonadado, lloraba sin defenderse,

—Si usted se lo lleva — gritó Ana María—, le odiaré toda la vida.

—Ana María — dijo el sargento con voz rota—, llegará el día en que usted vea las cosas de otra manera y entonces usted comprenderá...

Y empujando a Roberto, salió con él del bazar,



—Si usted se lo lleva, le odiaré toda la vida...

mientras Ana María quedaba llorando desesperadamente.

—¡Miserable, miserable!

Se mordía el pañuelo, de odio, pensando en la fuerza que tendría aquel deber que obligaba a un hombre a sacrificar su amor...

Y Carrigan, muerto interiormente, cumplía su mi-

sión penosa, encerrando en un calabozo a Roberto.

Luego fué llamado por el comandante Vane.

—Me voy a ausentar por quince días — dijo el comandante—; a mi regreso nos ocuparemos del asunto del joven Andemar... Entretanto que esté en la cárcel...

Al día siguiente, la mayor parte de la guarnición mandada por el comandante Vane, marchó hacia el Norte en persecución de Lagarre y los indios. Pero Lagarre, advertido por los espías, se dispuso a asaltarle el poblado.

—¡Ellos se han alejado ya! ¡Ahora es el tiempo de dar el golpe!

Y al frente de numerosas legiones de indios, comenzó a bajar hacia el poblado, dispuesto a tomar terrible venganza de sus moradores.

Uno de los vecinos que regresaba al poblado, vió aquella turba fanática, que avanzaba en son de guerra... Y desesperadamente corrió a comunicar la noticia al sargento Carrigan, que había quedado de jefe de la guarnición.

—¡Indios, por centenares, vienen hacia acá!

Carrigan se sobrepuso al inmenso dolor que le embargaba, y dió órdenes.

—¡Dad el toque de alarma. prevenid a los colonos!

La noticia del asalto se esparció rápidamente. Pero todos sin distinción, se aprestaron a la defensa.

El poblado estaba rodeado por una alta valla de madera, en cuyo recinto quedaban todas las casas... Por aquella especie de fortín se defenderían bravamente los sitiados.

Y comenzó el fuego horroroso, mortífero, terrible... Volaban las flechas causando innumerables víctimas. El sargento Carrigan se multiplicaba para atender a la defensa.

Las mujeres, cargaban los fusiles contribuyendo a la defensa.

Ana María, olvidando su dolor, animaba a los suyos. Sus ojos, que el fuego de la lucha llenaba de luz, miraban a veces a Carrigan, con un odio feroz. ¡Bandido! Y por culpa de él, su hermano estaba en el calabozo! Bandido... pero ¡ay!, ella no podía olvidar los recuerdos dulces de la entrevista de amor.

Carrigan seguía animando a los suyos.

—Ellos son veinte contra uno — dijo a sus soldados—. Urge comunicación con el comandante Vane. Es preciso que uno de nosotros vaya a advertirle.

—¡Yo trataré de pasar, David! — dijo Marco.

—Pues, vé... y que Dios te acompañe!

Y el buen soldadito montó a caballo saltando por la valla hacia el exterior, teniendo que sufrir la persecución y las balas y flechas de los indios y mestizos. ¿Lograría pasar en demanda de socorro?

Desgraciadamente una bala le derribó al suelo... Y murió sin lograr su objetivo, sacrificando su existencia por la salvación de los demás.

Desde la valla, contemplaron la muerte del héroe.

—Ha muerto — rugió Carrigan—. Pues bien, yo trataré de pasar. Pronto, mi caballo.

Mientras le preparaban el caballo, Carrigan se dirigió al calabozo y dando un fusil a Roberto le dijo:

—¡A pelear... todos los hombres deben ahora ir!

El joven le miró, y empuñando el arma fué a luchar, junto a los otros bravos.

Carrigan montó a caballo y antes de salir se dirigió a Ana María.

—¡Ana María! — dijo—, ¿me dirás adiós?

Había en aquellas palabras ternura, amor, emoción, la seguridad del hombre que tal vez se encamina hacia la muerte.

Pero ella no le contestó, ofendida.

—¡Recuerda siempre que yo te amo! — dijo el sargento, desesperado.

Y mirándola fieramente, saltó sobre la cerca.

A! verle desaparecer, Ana María sintió miedo.

—Ay, ¿por qué no le despedí? ¿por qué?

Carrigan pasó como una exhalación, como una flecha, entre las filas de indios y de mestizos mandados por Lagarre. En vano dispararon contra él sus fusiles y sus arcos. La Providencia pareció proteger a aquel emisario de la justicia.

Carrigan atravesó las líneas enemigas logrando al cabo de unas horas de camino alcanzar a las tropas mandadas por el comandante Vane.

Inmediatamente el ejército de chaquetas rojas retócedió en dirección al lugar amenazado.

El combate seguía terrible en el poblado... Al caer la noche ya sólo quedaban un puñado de supervivientes que se defendían aún con la locura del heroísmo.

Ana María luchaba también valerosamente lo mismo que su hermano Roberto.

General Wimbledon estaba atemorizado. Le parecía que su piel olía ya a chamusquina.

Unos indios advirtieron a Lagarre que llegaban las tropas de Vane en auxilio de los sitiados...

—¡Incendia el bosque para obligarlos a retirarse! —dijo Lagarre.

Y con teas, convirtieron en un trágico incendio grandes extensiones de los bosques del camino por donde debían de pasar los soldados...

Entre el fuego abrasador, cruzaron en dirección al poblado, las tropas mandadas por Vane y Carrigan.

Siguieron inalterable su avance, llegando ya cerca del poblado.

Los defensores habían agotado casi su resistencia. Los indios asaltaban la cerca y entraban por fin en el poblado. Lagarre, triunfante y furioso, avanzaba hacia el bazar con el ánimo de apoderarse de Ana María.

Ana María se había encerrado con su hermano Roberto en su casa. Un indio penetró en ella, levantó su puñal contra el joven, hiriéndole, y quiso lanzarse contra Ana María.

Pero el aristócrata General Wimbledon llegaba oportunamente. Por la ventana disparó contra el indio, matándole.

La lucha proseguía aún en las calles del pueblo, pues los valientes que quedaban no se resignaban a rendirse. Pero ya las tropas de Vane habían salvado el obstáculo del bosque en llamas y entraban en la población...

Ante aquel refuerzo de tropas frescas, los indios y mestizos retrocedieron.

Lagarre entró violentamente en el bazar de Ana María. Cayó sobre ella, dispuesto a huir con aquel cuerpo precioso, escapando de las tropas de refresco. Pero al llegar a la puerta, se topó con Carrigan, quien puñal en mano comenzó con el mestizo una sangrienta lucha.

Ana María en un rincón presenciaba el combate feroz... Los dos hombres, enlazados, parecían dos bestias en celo. No eran sólo enemigos, sino rivales... De pronto, en un violento y brutal esfuerzo, Lagarre al intentar quitarle el puñal a su enemigo, ciego por el rencor, vino a clavárselo en su costado.

Y cayó moribundo.

Carrigan fué a auxiliar a Ana María y a Roberto. Mientras, a fuera iba apaciguándose el combate. Los indios y mestizos se rendían. Y poco después, la bandera inglesa flotaba de nuevo airosa en la casa más alta de la población. Después corrieron a aislar el bosque incendiado para impedir que se propagase el fuego...

Lagarre confesó, antes de morir sus crímenes, y por su boca supieron todos que los dos mestizos muertos por Roberto habían sido los asesinos de los Andemar,

Roberto sonrió, debilitado por la sangre perdida. ¡Había vengado con un golpe doble la muerte de sus padres!

*
**

Volvió la paz, restablecióse Roberto, y la causa contra él no siguió adelante. ¿Por qué? Su venganza había sido justiciera...

Ana María perdonó al sargento Carrigan aquella severidad noble de su deber que le obligó a acallar su amor por el servicio de la justicia.

Y un buen día se casaron los dos jóvenes, siendo sus padrinos López y Wimbledon.

Y en aquella tierra regada por tanta sangre, fundaron la vida nueva.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

MADEMOISELLE MODISTE

por la deliciosa CORINNE GRIFFITH

Producción FIRST NATIONAL

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

sale todos los viernes.

Precio: 25 cénts.

Ediciones
BISTAGNE